

La gran oportunidad cósmica

MARY SOL OLBA

RADIO EFE, MADRID

La vida es el viaje más apasionante. Sobre todo en estos momentos en que se agota un modelo de mundo, una forma de ver la realidad y se anuncia un cambio global. Algunos lo esperan con un temor ciego que alimentan los heraldos de las catástrofes; otros esperan que la Nueva Era traiga, por arte de magia, la edad dorada que se derramará sobre la Humanidad como un regalo de los cielos.

En uno y otro caso se esconde la cabeza como los avestruces y se delega en potencias superiores (malignas para unos, benéficas para otros) lo que en realidad nos corresponde a nosotros, como seres humanos dotados no sólo de razón sino también de una dimensión espiritual que configura nuestra auténtica naturaleza.

Los vientos soplan fuertes para todos en este final de milenio y el horizonte se perfila muy agitado. Exactamente igual que un parto: antes del nacimiento, la tensión y los dolores se intensifican. La Tierra entera está de parto, decía Sri Aurobindo, y en el nacimiento del nuevo ser tenemos que colaborar todos. Se trata de alumbrarnos a nosotros mismos, para renacer y vivir en un plano de conciencia más amplio, como la mariposa que deja atrás su antigua piel de gusano.

Es el momento de la acción, de tomar posiciones. De emplear el discernimiento y de escuchar la voz interna que sólo se percibe cuando se apagan los ruidos de la mente. Sólo desde el silencio interior llegan las respuestas que estamos buscando. Es inútil tratar de hallar nada fuera si no está previamente

contenido dentro. En estos tiempos hay que ser realistas y tener los pies más asentados que nunca en el suelo. Ser realistas no quiere decir aferrarnos sólo a lo que podemos percibir con nuestros sentidos. La realidad es algo infinitamente más amplio, más rico, más pleno.

Cuando el optimista observa el vendaval que agita su embarcación, espera que el viento cambie. El pesimista se queja y pronostica un naufragio. El realista no especula; simplemente, ajusta sus velas.

Pero, ¿cómo ajustar nuestras velas para ponernos a favor y no en contra de la corriente cósmica que nos conduce a otro estado del ser, a un punto más elevado, más sutil de nuestra naturaleza?

Podemos hacerlo permitiendo y colaborando, a que la luz de la conciencia emerja de nosotros mismos, aumente su presencia y se convierta en acción. Y para que se trate de un crecimiento interior real, recordemos que nuestra vida cotidiana es el marco perfecto para ello. Todo lo que no se realice en el aquí y ahora de nuestra vida actual, carece de sentido. Debemos tener en cuenta que éste es nuestro momento y éstas son nuestras circunstancias. Con estos materiales tenemos que trabajar.

—¿Puede darme un billete para el tren de mañana?

El taquillero le miró fijamente a los ojos, molesto por la interrupción. Sin la menor vacilación, respondió:

—Para mañana, imposible.

El tren del destino global está a punto de pasar, pero los expertos en discursos huecos no nos van a dar el billete. Para subir en él no hace falta burocracia:

espiritual, ni empujar mejor y más fuerte, ni convertirse en un borrego sin discernimiento que va detrás de quien se presenta a sí mismo como el «guía» al que hay que seguir; un ciego conduciendo a otros ciegos no es el conductor adecuado.

El acceso a este tren no tiene nada que ver con lo que se acostumbra en este mundo para satisfacer la ambición o el deseo. Nadie nos ha enseñado cómo hacerlo y ahí está el gran reto: somos nosotros mismos los que, paso a paso, vamos aprendiendo, experimentando e integrando en el día a día cada porción de luz que vamos recobrando. Este es el auténtico crecimiento interior.

PLANETA TIERRA, ATANOR DEL UNIVERSO

Intreando en las fuentes de la Tradición, que encaja a todas las culturas planetarias, se puede decir que el experimento de la raza humana intencionalmente alcanzar la plenitud de su semilla divina no es nuevo en el cosmos. En todas las civilizaciones que han poblado y pueblan nuestro mundo, encontramos huellas y testimonios que apuntan al hecho de que existieron otras Humanidades en tiempos no registrados por la memoria histórica, y que algunas fracasaron en el intento de llegar a recuperar plenamente su naturaleza divina. Sucumbieron a manos de sus propios demonios, los que ellos mismos crearon. >

Se diría que el planeta Tierra es un lugar de experimentación, una especie de atanor de nuestro Universo donde debe realizarse la Alta Alquimia de la Transformación. A lo largo de milenios, ciertas figuras han estado acompañando nuestro viaje por el escenario de la vida, y su presencia, nada ostentosa porque jamás han hecho una declaración de intenciones de forma «oficial», ha llegado a formar parte del inconsciente colectivo de la Humanidad en forma de arquetipos, símbolos o meros protagonistas de leyendas y mitos.

Ahora parece que estamos haciéndole frente a otra gran oportunidad.

Lo esotérico cada vez es más exotérico. Los sellos se abren, los arcanos permiten ser desvelados y las claves son accesibles al que quiera encontrarlas. Las pistas están ahí, pero es preciso gran discernimiento y recta intención para saberlas reconocer.

Para quien dedica su vida a satisfacer su ego y a re- >

Según las tradiciones de todas las culturas hubo humanidades antes de la nuestra, pero sucumbieron a manos de sus propios demonios

El pensamiento analógico nos permite unir para comprender, relacionando cosas —aparentemente— dispares. El valor de los relatos cortos es incalculable para estimular nuestra capacidad analógica. Son accesibles a todos y, con gran economía de palabras, permiten a cada cual extraer sus propias y personales conclusiones. ¿Qué le dice a usted la siguiente anécdota?

Un viajero se dirigió a la estación ferroviaria del país oriental que estaba recorriendo, con la intención de comprar un billete para una ciudad próxima.

—Perdone —le dijo al empleado—. Quisiera saber si es posible...

—En esta vida —interrumpió el taquillero— todo es posible. El hombre puede lograr todas las cosas que se proponga.

Y continuó durante un rato disertando sobre su filosofía de lo posible, hasta que la cola frente a la taquilla se hizo considerablemente larga. El viajero, repuesto de su inicial sorpresa por el inesperado discurso, aprovechó una pausa y trató de pedir lo que quería.

La atracción que ejerce el mal se intensifica en estos tiempos, pero también crece mucho el anhelo de que la Luz emerja de las tinieblas

forzarlo hasta construir un monstruo insaciable que le aleja de su sí mismo real, el problema ni siquiera se plantea.

Para el buscador espiritual, el mayor obstáculo está siempre en quedar enredado en la telaraña de verdades a medias que es la trampa preferida por la oscuridad para ponerle la zancadilla.

Unas gotas de verdad diluida en un litro de fabulaciones y delirios... y la sopa está servida.

Ahora no hay tiempo que perder. La vida avanza en espiral y la próxima vuelta encierra la posibilidad de subir un peldaño en la escala evolutiva, de acercarnos conscientemente a la Fuente, al Origen. De retornar al hogar interestelar del que salimos hace eones. La posibilidad de re-ligarnos con el Poder que nos ha creado está próxima. La puerta hacia el infinito está abierta. El puente está tendido. Nadie va a cruzarlo por nosotros.

LA CEREMONIA DE LA CONFUSIÓN

No va a ser fácil dar el salto. Las fuerzas de la oscuridad están más activas que nunca y aparentan estar controlando hasta el último hilo de esta gran ceremonia de la confusión en la que estamos sumidos.

Nuestro protagonista anterior, viajero por la geografía conocida del mundo, tuvo un recorrido accidentado; en otra etapa de su viaje asistió a una acalorada discusión entre el traductor que le acompañaba y el conductor de un destartado autobús que se negaba a dejarles subir.

—¿Por qué está tan enfadado? —preguntó.

—Dice que éste es el autobús de ayer —explicó el traductor— y que como tenemos billetes de hoy, tendremos que esperar al autobús de mañana.

Esta anécdota, que nos puede hacer sonreír, en realidad es el reflejo del trasfondo disparatado en el que vivimos a diario. La lógica del absurdo, la dictadura de lo aberrante parece ser lo que impera en este mundo donde, entre otras cosas, se envenena al planeta donde vivimos, se esquilman los recursos naturales y se crean guerras artificiales para dar salida y rentabilidad al armamento con el que unos pocos se enriquecen a costa de la sangre y el dolor de muchos. Sistemáticamente se premia la mentira, el engaño, la astucia, la deslealtad y el que «triumfa» es el depredador que más víctimas deja a su paso.

El escenario donde nos movemos colectivamente es la macro-representación del escenario individual donde cada cual desarrolla su vida. Las guerras externas son el reflejo de las múltiples guerras personales, la explosión del odio que a diario vemos en el panorama nacional e internacional y frente al cual nos horrorizamos hipócritamente, no es más que la suma, corregida y aumentada, de nuestros propios odios individuales que a menudo entran en acción en nuestro devenir cotidiano.

Lo exterior es reflejo de lo interior y nadie mínimamente consciente puede permanecer ajeno a esta realidad.

Vivimos momentos de aceleración y de activación de todas nuestras pulsiones internas. Parecería que un gran imán estuviese ejerciendo su poderosa fuerza

de atracción para que aflore de cada uno todo lo bueno y lo malo que encierra. Toda esta amalgama cristaliza externamente en una concatenación de sucesos y acontecimientos que, como ondas concéntricas con distintos radios pero con el mismo origen, se proyecta en la sociedad y en las vidas individuales.

Muchos visionarios y contactados hablan de un gran cuerpo celeste que cada cierto número de miles de años se aproxima sobre la Tierra para activar todo lo denso, todo lo oscuro que se encuentra en la naturaleza humana. Algunos afirman que su papel es similar a una gigantesca aspiradora de basura; otros hablan de su papel de justiciero cósmico que desnivelará el eje terrestre, provocando con su malféfico paso cataclismos planetarios. Para muchos, tiene nombre propio y le llaman Hercóbolus. Como siempre, es cuestión de creencias.

Independientemente de que su temible y anunciada aproximación se esté realizando ahora y de que esto sea o no cierto, hay que ser consciente de que sobre la Humanidad en su conjunto y sobre cada uno de nosotros en particular, se ha activado una especie de imán intergaláctico que saca hacia el exterior, con fuerza irresistible, todo lo que estaba escondido o aletargado.

En el momento de los exámenes para pasar curso o para suspenderlo, hay una gran activación de los errores y los aciertos en el aprendizaje. La Luz y la Sombra dejan sentir su presencia con más fuerza, cada cual en su propia banda de resonancia. Aflora todo lo denso y lo sutil. Lo oscuro y lo luminoso.

El bien es discreto, callado. No hace ruido y para percibirlo hay que estar muy atentos.

Una frase atribuida a Albert Einstein lo expresa muy bien: «Dios anda de puntillas».

El mal es todo lo contrario: exagerado y escandaloso. Su medio natural es el ruido; la atracción ciega que ejerce no hay que subestimarla porque se basa en la ausencia de conciencia, en la negación de la libertad y en la anulación del discernimiento.

La fascinación que ejerce la Sombra es tan vieja como el mundo; sólo que ahora se intensifica, como se intensifica también el anhelo de que la Luz emerja.

Dentro del Plan Cósmico, cuyas dimensiones se nos escapan, se libra ahora una batalla decisiva entre las fuerzas de uno y otro signo: del resultado dependerá nuestro futuro.

Un futuro que será de todos o no será. La oportunidad de elegir posiciones está abierta para todos. En la historia humana, la más próxima a nosotros, el Cristo llegó para hacer realidad la Promesa formulada en el tiempo sin tiempo. Sentó las bases de un futuro que quizá haya que empezar a vivir a partir de ahora. «El Verbo de Dios se hizo hombre para que aprendiéramos de un hombre, cómo el hombre puede volverse Dios». (Clemente de Alejandría).

Su mensaje último, aquellas palabras de «amaos los unos a los otros», sigue siendo —en apariencia— algo tan inoperante como siempre. Pero quizá esa semilla plantada en la especie humana haya necesitado de siglos para desarrollarse y ahora sea el momento de recoger el fruto. Un fruto que tenemos que madurar entre todos, para que sean muchos los que concluyan la etapa comenzada por Uno hace dos mil años.

APOCALIPSIS ES REVELACIÓN

Este fruto no es algo abstracto ni se trata de una especulación sin base: la información (que en su sentido profundo y real es Luz y conciencia) se transmite en las especies de forma sutil pero efectiva; cuando hay un número suficiente de individuos que han aprendido algo, el conocimiento se difunde al resto.

Muchos pueden actuar ahora como la máquina de un tren que ponga en marcha y haga avanzar a innumerables vagones. Si subimos en la próxima parada del tren que el Universo pone a nuestra disposición, podemos decidir el destino de este viaje. En realidad, nosotros mismos somos el viaje. Quizá el final de los tiempos no signifique más que el final de una forma embrutecida de vivir. Quizá sea el anuncio de que llega la fase de completamiento de la Humanidad. Para renacer más plenos, más evolucionados y más luminosos. Para recuperar nuestro origen y regresar, como el hijo pródigo de la parábola, a la casa del Padre/Madre que aguarda nuestra llegada.

Si a usted, lector, le inquieta la posibilidad de que el Apocalipsis se realice en este momento del tiempo humano en el que vivimos, relájese. Y recuerde que este término, etimológicamente, significa «Revelación». Algo se está revelando, algo de incalculable trascendencia está apareciendo,

porque un proceso ha sido puesto en marcha y la maquinaria sutil del Plan Cósmico es muy precisa... e imparable.

El negativo de una foto, cuando se le sumerge en los líquidos necesarios, hace que la imagen se revele y aparezca nítidamente impresa sobre el soporte del papel. A lo mejor nuestro soporte de cuerpo y mente está experimentando ahora un proceso de transformación similar, que nos invita a participar para que el resultado sea el buscado.

Muchos consideran que este cambio de milenio está escogido para que el Apocalipsis se produzca. A partir de ahora, cuando faltan menos de tres años para que la mágica cifra del 2000 llegue, vamos a asistir a un bombardeo de reportajes y discursos sobre este tema que van a alimentar el morbo y a aumentar nuestros temores más profundos. Las trampas serán cada vez mayores; algo normal, si se tiene en cuenta que, para el viajero del espíritu, la meta se encuentra cerca.

EL BUSCADOR QUE QUIERE ENCONTRAR

Para alcanzar esta meta, recordemos cuatro puntas básicas que pueden guiar los pasos del buscador que quiere encontrar. Estas sugerencias, si son aplicadas, actúan como una plomada que ayuda a tener claro el punto de referencia:

- **Atención** sobre uno mismo y sobre lo que nos rodea.
- **Intención**, nacida del corazón y no del ego, con su larga y conocida secuela de egoísmos.
- **Recuerdo** de quiénes somos realmente, para permitir que la ley de resonancia active el chip de la Verdad que está inserto en nosotros.
- **Abandono a la voluntad divina**, que es entrega y confianza en Quien realmente nos ama. En algún momento del camino, el buscador sincero comprende que a Dios no se le puede pensar. Cuando se llega ahí, hay que abandonarse a su voluntad. Y el «hágase en mí según tu Palabra» se convierte en un salto de fe hacia el vacío... que ya no es temor sino plenitud.

La respuesta es inmediata, contundente, eficaz. Ibn Arabi, místico sufi, nos dejó una pista sobre cómo llega esta respuesta: «Al que se acerque a Mí un palmo, Yo Me acercaré a él un codo. Si se acerca a Mí un codo, Yo Me acercaré una braza. Si acude a Mí corriendo, yo iré hacia él deprisa».

Dios no tiene prisa, pero quizá nosotros, que vivimos en tiempos medidos por el reloj de los ciclos universales, sí la tengamos. ■